

## LUIS BEDMAR Y SU PASIÓN POR LA MÚSICA

Juan Miguel Moreno Calderón

Académico Numerario

---

Ilustre cuerpo académico, estimada familia de D. Luis Bedmar, señoras y señores:

**D**e entrada, ruego tengan a bien permitirme los señores académicos que trace mi intervención en recuerdo de D. Luis Bedmar Encinas en primera persona. Más de cuarenta años de afectuosa relación personal con él me hacen muy difícil abstraerme del factor humano, para centrarme sólo en el de los méritos que adornaban al insigne músico.

En efecto, los primeros recuerdos que guardo de Luis Bedmar me trasladan a mediados de los años setenta, a su clase de Conjunto Coral en el Conservatorio. Yo era entonces un joven estudiante de música y él un reputado profesor de ese centro, donde enseñaba desde 1958 tras ganar la correspondiente oposición. Como era un músico de sólida formación, impartiría materias de diversa naturaleza: en sus comienzos docentes, Solfeo y Armonía. Y más tarde, Conjunto Coral e Instrumental, una vez que tales asignaturas se implantaron, tras el cambio de plan de estudios producido en 1966 por decisión ministerial. Tal era su preparación musical y su franca disponibilidad a colaborar en cuanto se le pidiese, que no tuvo problema alguno en ponerse al frente de dichas nuevas materias.

En aquella clase de Conjunto Coral me encontré a un profesor entusiasta, que desprendía pasión por su trabajo, que era en realidad su vocación. Dominaba el repertorio polifónico y era capaz de contagiar su entusiasmo por las obras de los grandes maestros del Siglo de Oro, como igualmente por las músicas populares que él armonizaba a varias voces para que nosotros pudiéramos conocerlas y cantarlas. Cualquiera que tuviera afección de conocimientos sabía que aquel hombre era una fuente de inspiración permanente. Y yo, a pesar de mis pocos años (doce o trece), sentí ya entonces que aquel profesor amaba verdaderamente la música y sabía muy bien lo que tenía entre manos.

Aquella lección de música y de compromiso vital se agigantaría pocos años después al volver a estudiar con él; ahora, Conjunto Instrumental. Y es que otra de las facetas musicales de Luis Bedmar fue la dirección, de manera que en dicha asignatura pudo dar buena cuenta de ello, con un dinamismo y eficacia dignos de encomio. En sus clases aprendí mucho y, además, tuve la oportunidad de tocar como solista con orquesta, algo que era muy difícil en la España de aquella época. Y como yo, otros jóvenes músicos entonces, tal es el caso del también pianista Antonio López Serrano, los violinistas José Antonio Campos Blanco y María Victoria Fernández Benítez o el flautista Luis Pedro Bedmar Estrada, entre otros.

Pues bien, todo aquello fue posible porque Luis Bedmar, más allá de lo que era estrictamente su clase, puso en marcha en 1973 la Orquesta de Cámara del Conservatorio, gracias a la cual los aficionados de entonces pudieron escuchar en versiones originales (y no en meras transcripciones bandísticas, que era lo habitual en esos tiempos) selectas composiciones barrocas (Corelli, Vivaldi, Bach, Haendel...) y no pocas partituras del siglo XX destinadas a la plantilla que tenía nuestra orquesta, formada preferentemente por profesores y con el concurso de algunos alumnos aventajados. En verdad, fueron años muy estimulantes, casi un decenio, en los que profesores y alumnos compartimos el placer de hacer música juntos.

A raíz de aquella iniciativa, y dado que Luis Bedmar había sucedido en 1974 a Dámaso Torres García al frente de la Banda Municipal de Música (por jubilación de éste), nuestro homenajeadó empezó a acariciar la idea de dotar a la ciudad de una orquesta sinfónica. En aquella época, finales de los setenta, había muy pocas orquestas en España, y aún menos con cierta estabilidad. Por eso, aquel empeño de Luis Bedmar era admirable, sin duda; pero chocaba con la dificultad de reunir en una misma entidad musical a profesores pertenecientes a instituciones diferentes, pues los músicos de la Banda eran funcionarios municipales, mientras que los profesores de la Orquesta del Conservatorio lo eran del Estado. De ahí que, ante tamaña dificultad, Luis Bedmar propusiera al Ayuntamiento la transformación paulatina de la Banda Municipal en orquesta, incorporando progresivamente efectivos de cuerda, que se unieran a los vientos ya existentes.

Merece la pena detenerse en esto, porque nos dice algunas cosas. En primer lugar, la sana ambición de ofrecer a la ciudad y a la cultura musical algo tan importante como es una orquesta sinfónica, eje vertebrador de la cultura musical europea desde hace varios siglos. Y en segundo lugar, la fortaleza y determinación del impulsor de la idea, al no dejarse vencer por la aparición de las dificultades e incompreensiones que aquel proyecto generó. Pues si bien el Ayuntamiento, con Julio Anguita a la cabeza, lo res-

paldaba sin fisuras, en la profesión musical se suscitó una fuerte controversia. Con todo, Luis Bedmar siguió adelante, y así nació la Orquesta Municipal, luego rebautizada, en 1986, como Orquesta Ciudad de Córdoba. Del Salón de los Mosaicos del Alcázar pasó al reabierto Gran Teatro y muchos músicos de renombre vinieron a tocar con ella como solistas. Entre otros, Rafael Orozco, Guillermo González, Josep Colom, Rosa Calvo Manzano, Gonçal Comellas, Víctor Martín, Pedro León o Pedro Corostola. O directores de la talla de Max Bragado y Leo Brouwer.

Sola la orquesta, o en compañía de la Coral Ramón Medina, que él había creado también en 1980, la Orquesta Ciudad de Córdoba se fue haciendo cada vez más presente entre los cordobeses y, además, con el aval de los solistas y directores invitados que acudían a su llamada. Así sería hasta que, en 1992, el Ayuntamiento decidiera sumarse a la propuesta de la Junta de Andalucía de dotar a Córdoba de una nueva orquesta, sostenida por ambas administraciones y enmarcada en un plan orquestal andaluz que incluía ya a sendas orquestas creadas en Sevilla, Málaga y Granada. Esa nueva orquesta, que ahora cumple treinta años, era la Orquesta de Córdoba, a cuyo frente se designó al maestro cubano Leo Brouwer.

Habla de la categoría humana de Luis Bedmar, el hecho de que, a pesar de los sinsabores que aquella decisión municipal conllevó, él se pusiera a disposición de la nueva formación y de su flamante director con una humildad y generosidad admirables. Por lo que no ha de extrañar que el maestro Brouwer promoviera un concierto-homenaje a su antecesor y que, en numerosas ocasiones, se refiriera públicamente a su importante calidad musical y humana. O tampoco nos resultará llamativo que ahora, en la conmemoración de sus treinta años, la Orquesta de Córdoba le haya dedicado un concierto a su memoria. Y es que esa humildad y generosidad de la que hablo (creo que con propiedad, porque fui testigo cercano), se plasmó en estar dispuesto a dirigir la orquesta siempre que se le requirió (como en los actos del bicentenario de nuestra Real Academia), a dotarla de instrumentaciones de obras de compositores cordobeses ya desaparecidos (recuerdo, por ejemplo, el caso de Martínez Rucker) o a que sus propias composiciones se tocaran en repetidas ocasiones; especialmente, la *Obertura cordobesa* y *Athanaeum*.

Esa manera de proceder de Luis Bedmar, ciertamente ejemplar, fue en realidad una constante en su vida. Lo había hecho mucho antes de eso, cuando auspició proyectos de naturaleza tan diversa como la creación de la Rondalla y Coros de San Lorenzo en los años sesenta o, en la década siguiente, la creación del Trío Vocal Clásico, que integraban Rafi Sánchez, María del Valle Calderón y Maruja Ruiz, y el cual se dedicaba a la difu-

sión de la polifonía. O lo demostró igualmente impulsando y ayudando a la creación de varios coros en Córdoba y la provincia. Así, era frecuente ver a directores de muchas formaciones vocales (y también instrumentales) ir en su busca para obtener consejo y orientación, o para que le suministrara obras musicales. Por eso, hay que decir que el movimiento coral que disfruta Córdoba desde hace varias décadas debe mucho a los esfuerzos de este hombre.

Por otra parte, y dado que siempre fue un trabajador incansable, no sólo era capaz de sacar tiempo para todas sus actividades profesionales y aquellas otras en las que se involucraba de forma altruista, sino también para la composición, que era su principal vocación. De ahí el voluminoso catálogo de obras que nos ha dejado, en los más variados géneros: sinfónico, coral, cancionístico, religioso... E innumerables transcripciones, instrumentaciones, arreglos..., surgidos de tantas y tantas peticiones que no dejaron de llegarle hasta su último aliento, y que siempre atendió con tanta generosidad como altruismo. Como importantes fueron también sus preocupaciones etnomusicológicas, siendo un atento estudioso de los cantos populares de Córdoba y su provincia, y de Andalucía en general.

En sus últimos años intensificó su vinculación con la Academia. Soy testigo de que aquí se le quería y de que aquí él sentía muy a gusto. Gracias a eso, y de la misma forma que hace más de cuarenta años lo conocí como alumno del Conservatorio, en los últimos fue en nuestra Academia donde pude retomar e intensificar mi relación con él. De regreso a casa muchos días, dada nuestra vecindad, me alegraba ver cómo, en el otoño de su vida, seguía siendo aquel hombre vitalista, bondadoso y enamorado de la música que siempre fue. A pesar de haber recibido duros golpes en la vida (no hay ninguno peor que perder a un hijo), su inmensa fe le mantuvo siempre con la entereza y serenidad de espíritu de los limpios de corazón.

En verdad, se condujo haciendo el bien con suma generosidad y altura de miras, al tiempo que su fecunda labor lo convirtió en una figura capital de nuestra historia musical. De ahí que, un año después de su fallecimiento, siga latente la sentida conmoción que supuso su llorada pérdida, aun con el consuelo de saber que Dios lo tendrá en su inmensa Gloria.